

Man jeuk,
Johnnie To, 2008

El cine de género se funda en esquemas y temas repetitivos que delimitan las posibilidades de desarrollo de una película y la hacen tomar inevitablemente ciertos caminos. Johnnie To, proveniente de una larga estirpe de cineastas hongkoneses que trabajaron a partir de premisas de cine de género, no es la excepción, pero basta observar un par de escenas en casi cualquiera de sus películas para notar que las limitaciones narrativas comandadas por el género en cuestión pueden satisfacerse de maneras imprevistas e inventivas. En el caso de *Man jeuk*, que es un *heist film* en toda regla, podríamos mencionar la escena en la que los protagonistas se hacen por fin del objeto codiciado robándolo, de la cual esperaríamos los procedimientos habituales: el sigilo nocturno, la astucia intelectual, la tensión culminante en triunfo... En vez de eso, To nos presenta casi una escena de baile, con paraguas y bajo la lluvia, por si quedaba duda. Pero no es necesario subvertir las constantes más esenciales y reconocibles del género: cualquier acto en esta película, hasta el más habitual, como andar en bicicleta, subir las escaleras, encender un cigarro, tomar una fotografía, se vuelve un juego que desplaza su insignificancia cotidiana y la lleva hacia un plano de gracia y ligereza.

Esta película está enamorada de un movimiento que esquiva todos los intentos de detenerlo. Y ese movimiento es, por supuesto, una bella mujer que seduce a cuatro carteristas y los motiva a ayudarla a escapar de un viejo ladrón adinerado que está encaprichado con ella. Y también ese movimiento es un pájaro, que inaugura y cierra el filme como motivo sugerente y felizmente explícito: ¿cómo no encantarnos con su libertad? Pero también ese movimiento son esta pandilla de hombres que se ganan la vida con astucia y elegancia sustrayendo dinero de paseantes indefensos ante sus coreografías de distracción y sus malabares de agilidad. Cuando To nos presenta en un solo plano la intrincada red de acciones que cada uno de ellos debe llevar a cabo en el momento preciso para sustraer una cartera sin que los perciban, es fácil perder de vista el punto exacto en que todo el engranaje acomete su labor: suceden demasiadas cosas al mismo tiempo y, por concentrarnos en una, las otras se nos escapan. Es tal la soltura del movimiento que no podemos verlo todo. Y ahí radica en buena medida su atractivo. Si quedara exactamente fija en nuestra consciencia la totalidad del movimiento, tendríamos más bien la imagen de un recorrido que ya terminó, es decir, tendríamos una imagen inmóvil, y perderíamos la sensación espontánea y directa de su actividad. La clave de la película es tan sencilla como eso —sólo lo fugaz es hermoso, y el movimiento sólo es fugaz si está en proceso de

hacerse, si es transitorio—, pero su valor y su verdadera gracia radican en la ejecución física de semejante principio. To puede trabajar con una espontaneidad que en el cine rara vez se acomete con tanto desenfado y con tanta precisión. Así, cuando Chun-lei, la mujer que seduce a los carteristas, se encuentra detrás de uno de ellos en un elevador, nada más natural que sin explicación alguna haya tres globos suspendidos en el techo y que uno de ellos descienda, se escurra entre ambos lentamente, desde el pecho de ella y la espalda de él, y baje hasta la altura de su sexo con ayuda de unos ligeros golpecitos con los que Chun-lei desarma al hombre por completo. Las coincidencias que permiten este tipo de juegos y aderezos emergen con una naturalidad que no conoce la fuerza. En esta realidad no hay fricción. Los personajes avanzan sin romper su ímpetu, transportados por el garbo de la inercia.

La justificación última de las coincidencias improbables, los ejercicios de destreza y el encantamiento que mueve a los personajes por espacios recurrentes pero jamás asfixiantes no tiene nada que ver con la verosimilitud del relato ni con coordenadas dramáticas: es la depuración de un temperamento, del humor feliz al que cautiva por completo el encanto de la belleza natural: eso es el pájaro que revolotea como le da la gana, eso es también Chun-lei, quien llega y se va como un día soleado, y eso es la realidad cambiante y casual que Kei, el líder de los carteristas, intenta atrapar en las fotografías que toma en sus andanzas por la ciudad. El filme de To expresa un ánimo similar: desea encuadrar la belleza que brilla con luz pasajera, y, más notablemente, desea permitir que esa fugacidad lo inspire por completo. Sólo así puede disfrutarse con levedad de las provocaciones que animan el deseo de triunfo y posesión a la vez que éstos se postergan para no acabar con el goce de la persecución. Por eso ésta es una película sobre hombres arrebatados por una mujer que los mantiene cerca sin entregarse por completo a ninguno y sin renunciar a sus ganas de irse a otra parte. Se trata de un escaqueo erótico cuya energía es similar a la del movimiento de los cuerpos por la ciudad y a la de los duelos de habilidad que enfrentan a los personajes en diferentes ocasiones: se alimenta de una promesa huidiza y se afirma a sí misma como el vigor y la vitalidad de quienes no se preocupan demasiado por atrapar el objeto de su deseo. De otra manera, no podrían confiar en su intuición y sin ésta ningún personaje sería capaz de acometer las acrobacias requeridas. *Man jeuk* es uno de los contados filmes que parecen hechos con la absoluta libertad de quien sigue sus impulsos sabiendo que en ellos encontrará más elegancia y alegría naturales que en cualquier otra parte.

Abraham Villa Figueroa
4 de julio de 2023
Ciudad de México